

"EL ABRAZO"

El abrazo

Habían pasado muchos años desde el último encuentro. Poco quedaba de la chica delgada, con minifalda y cabellos largos. Menos aún quedaba del chico de pelo largo gafas de carey y vientre plano. Pero lo que no había podido hacer desaparecer, la contemplación resignada de lo que llamamos tiempo, fue empañar la mirada de sus ojos. En sus miradas no se veía cansancio ni ira ni rencor. Se veía a dos almas llenas de entusiasmo, de alegría..., de amor en definitiva. Siempre sorprendidos por la vida.

Lo que si habían aprendido al ir contemplando el tiempo era que ese amor es expansivo. Sabían sentirse parte de todas las cosas y todas las cosas ser parte de ellos.

Como la figura del caballo en un tablero de ajedrez sus vidas fueron haciendo diferentes saltos. Exilios, prisiones, trabajos, estudios, profesiones....., los fueron separando irremediabilmente de compartir charlas, bailes, luchas sociales, una vida entera tal vez.

Los dos recordaban la última vez que se habían visto. Fue en el Montevideo oscuro y triste del tiempo del "estado de sitio", la horrible dictadura militar bajo las alas negras de la "operación cóndor". Injusto nombre dado a un plan siniestro. Comparar algo tan

cruel con un extraordinario ser como es el cóndor nos parece deleznable.

Tiempos terribles en donde la muerte, el miedo y el terror se paseaban por las calles como una lengua de bleque negro, maloliente, pegándolo todo. Esa era la sensación que les quedaba de aquellos años. Un bleque de olor inmundito que mataba los dulces perfumes de los jazmines montevideanos.

En aquellas condiciones los dos se habían encontrado en esa esquina para intercambiar unos nombres y direcciones de familias de compañeros. Para ayudar, ya que aquellas máquinas entrenadas para torturar y matar se habían llevado, quien sabe a donde, a uno de sus integrantes o a varios de los miembros de la familia. La información iba minuciosamente apuntada en hojillas de fumar. Libritos que además servían para lo que eran: armar un cigarro y darles un instante de reposo saboreando el humo del tabaco. Apuntaban todos los datos en las hojillas porque eran fáciles de comértelas. Así los ácidos del estómago hacían desaparecer la comprometida información. Se lo comían si veían que en su camino se acercaban a uno de los tantos controles de soldados que sembraban las calles.

El ser una pareja de muchachos jóvenes, eso, les daba siempre una segunda vía de

escape. Esta consistía en besarse lo más apasionadamente posible para pasar como dos enamorados. Encuentros un poco obligados, pero la verdad, no desagradaban a ninguno de los dos. Aquellos besos eran de los labios fríos, a veces temblorosos por el miedo. Besos de corazones latiendo aceleradamente, llenando el cuerpo de adrenalina. Suerte que siempre alguno de los dos respiraba hondo y le salía intentando ser lo más convincente que podía un "tranquilo, tranquila que ya se van".

Es que sabían bien lo que les podía pasar si caían detenidos. Significaba pasar por palizas brutales, violaciones o sofisticadas torturas. Si las soportaban pasaban a ser unos de los secuestrados más de la bestia, en una cárcel "preparada" o en algún cuartel. Si no la soportaban habían dos posibilidades, una convertirse en un desaparecido más o en un "peligroso y fuertemente armado sedicioso" abatido por las heroicas FFCC (Fuerzas Conjuntas). Cualquiera de las dos era la muerte física.

En esas condiciones había sido el último encuentro en aquella esquina de Montevideo.

Los dos tenían la sensación que había quedado algo pendiente.

Después vino el largo y eterno exilio, la incomunicación, la cárcel. No saber nada uno del otro ni de sus destinos. El olvido que imponen las rutinas diarias. Sólo se aparecían

en los recuerdos. Esos que vienen cuando, solo o sola, se encontraban frente a la mar o mirando el cielo en una noche estrellada.

Así fueron cambiando con los años, el aspecto físico, la juventud perdida. Solas vinieron las canas, alguna pérdida de pelo, la antisocial barriga, los dolores, siempre producidos por los malditos cambios de tiempo, está claro, el no alcanzarte la largura del brazo para ver lo que pone un tiquet de una compra y tantas cosas más que ahora mismo no querían acordarse.

Eso sí siempre les quedó el saber que tenían razón. El haber estado del lado en que se buscaba irreductiblemente el bien común, la felicidad de todos. Eso lo seguían teniendo bien claro.

A nivel exterior, sabían que habían sido derrotados, sin duda. Pero a nivel interior, del corazón, del alma, sabían que por aquello que se jugaron la vida, sigue siendo válido, actual y tal vez más necesario que nunca. Querían ser parte de sociedades solidarias, basadas en "el compartir" y no en "el competir". Crear economías sostenibles, no extenuadoras de los ecosistemas, lugares donde el ser humano compartiera sus logros intelectuales, tecnológicos y espirituales. Vivir en perfecta armonía con su entorno, el

que sea, en el que se haya nacido. Estas sociedades a su vez, compartir entre ellas sus logros para hacer la vida mejor de todas en conjunto. Algo así como un organismo vivo en donde estamos unidos por una red neuronal que cuida, protege y estimula todos los órganos respetando casi religiosamente la diversidad y libertad de cada uno. Tal vez sería como recuperar el espíritu que nos dejaron nuestros exterminados hermanos emplumados. Ellos fueron los primeros que tuvieron que enfrentarse a la bestia.

Ya con las esperanzas perdidas de un posible reencuentro, separados por más de cuarenta años de tiempo lineal, después de que ella hubiese pasado unos terribles años en prisión y él, el destierro, que es igual al haber muerto. Es que el destierro es la muerte. Muerte de la vida en un entorno, en una sociedad, en una geografía. Decía un amigo, aún desterrado, que el destierro es como si arrancás una cebolla de su quinta y en lugar de ir a la ensalada del que la plantó, la metés en un contenedor frigorífico y la mandás a diez mil kilómetros. Queda congelada, dura, escarchada hasta que la fríen en un sartén con manteca hirviendo. Él en uno de sus viajes de "despedida" al Uruguay, siempre a todo desterrado le queda eso, de intentar recuperar aquella vida truncada, sin darse cuenta, y tal vez nunca se dará cuenta, que aquella vida, la que llevaba antes

de partir, ya no existe. Murió también con él cuando subió al barco o al avión que lo llevó al exilio.

Fue así que en uno de sus viajes se enteró de la existencia de ella por alguien que la conocía y sabía de su paradero. Ninguno de los dos sabían si estaban vivos o muertos.

De estar vivos ninguno de los dos sabía si quedaba algo de aquella muchacha, de aquel muchacho llenos de sueños e ilusiones, de alegría por la vida, de proyectos.

Este conocido de ambos le facilitó a él el teléfono de ella. Cuando él la llamó, al sentir el "holá" reconoció su voz. No había cambiado en cuarenta años. Él preguntó cómo estaba sin decir quién era. Entonces las voces se reconocieron mutuamente. Se produjo un silencio tal que lo único que se oía era el latir de los corazones. Nunca supieron cuanto tiempo duró aquel reencuentro en el silencio a través de las microondas de los celulares.

Quedaron de encontrarse en la Plaza del Entrevero, oficialmente Plaza Fabini, con el monumento a una batalla por la lucha de la Libertad de la Banda Oriental, realizado por el escultor José Belloni. No representaba una batalla "convencional" del siglo XIX sino las que libraban los ejércitos populares de la Banda Oriental, es decir atacando

pequeños grupos y formando una "montonera", un "entrevero". En uno de los lados del monumento hay una estrofa del poema escrito por Mercedes García

Sin distinción de clases ni de

razas, todos lucharon en un mismo

deseo y esperanza: igualdad de

derechos ante una Patria Libre"

Allí habían quedado, por el lado que mira al Museo del Gaucho, en pleno centro de Montevideo, a las 6 de la tarde. Una hora apropiada ya que la tarde empieza a refrescar después de un día de caluroso enero.

A él le vinieron ganas de preguntar ¿ché y nos reconoceremos? Tenía miedo de que no se fueran a reconocer por los "cambios" que trae aparejados el paso del tiempo lineal.

Pero no, no dijo nada, ella tampoco. Simplemente él le dijo que iría al encuentro con una camisa celeste de manga corta y unos pantalones color crema. Ella le dijo que tenía el pelo blanco pero largo igual que siempre. Eso sí, recogido detrás formando una cola.

Con esos detalles imposible no encontrarse delante del enorme monumento al Entrevero por muchos montevideanos que hubieran decidido ir a disfrutar de la fresca de la tarde.

Los dos llegaron con estricta puntualidad clandestina. Siempre los encuentros eran muy

puntuales, sólo cinco o seis minutos de espera, porque si no estaban a la hora acordada era que podías haber "caído" detenido. Si la demora era por otra cosa más trivial, ya se buscaba otro encuentro, otra esquina.

Él había llegado una media hora antes. Llevaba más de seis años sin visitar Montevideo desde su último viaje. Pensó que sería agradable recorrer la Plaza Fabini, sentarse en uno de los bancos a ver cómo los surtidores de agua mojaban jinetes, cabalgaduras, boleadoras, lanzas y sables congelados en el bronce del monumento. También para disfrutar de pie, la vista que tanto le gustaba desde siempre, ver a la Avenida Agraciada, hoy Avenida del Libertador G. Lavalleja, extenderse enormemente ancha, hundida a su paso por el barrio de La Aguada y acabar rematada por el monumental Palacio Legislativo.

Un carrillón avisó las seis de la tarde. Fue suficiente para despertarlo de la ensoñación que le produjo la vista de la Avenida del Libertador que estaba como siempre, casi igual como la había dejado hacía 41 años.

Se giró y con paso acelerado fue hacia la parte del monumento en dónde habían quedado de encontrarse. A unos diez metros de distancia se vieron. Inconfundibles las

sonrisas, los brazos y las manos saludándose, acercándose. Casi corriendo.

Cuando estuvieron a tocarse, ya con los ojos empañados, no pudieron pronunciar palabra. Sólo abrieron los brazos y se fundieron en un abrazo más sólido que el de las figuras del monumento al Entrevero.

Era un abrazo esperado, recuperado de la fosa abisal del tiempo. Venía de ese lugar de dónde proceden y van todas las cosas: el corazón.

Nunca supieron el rato que duró aquel abrazo, aquel instante eterno en que los dos corazones se fundieron en un sólo latido.

Así compactados giraron sobre sus pies con los ojos cerrados, para sentir con más intensidad la eternidad. Establecieron ese contacto cuántico que hace que dos partículas que un día estuvieron juntas en una estrella pero que recorrieron espacios diferentes, se reconozcan, se vuelven a juntar, a encontrarse. Se reconocen y automáticamente se llenan de felicidad infinita con una sonrisa en el aire y un sentimiento de "qué bien, nos hemos vuelto a encontrar".

Ese abrazo entrelazó sus almas para siempre.

Siguen así, abrazados en Montevideo, en la Plaza Fabini junto al monumento al

Entrevero, sin que nadie los vea. Pero cuando un caminante rutinario pasa por ese lugar siente una sensación de alegría, de ligereza, de corazón en paz, sin saber porqué. Es que ellos fueron conscientes que con aquel abrazo habían plantado un punto de amor en la Plaza Fabini, invisible, intangible pero capaz de llenar los corazones de los caminantes rutinarios de amor infinito.

Él a los pocos días marchó otra vez al exilio, a su nueva tierra o universo tal vez, ahora convertido en su amada casa, su lugar en el mundo, ella unos meses después marchó al exilio de las formas, de las ilusiones, de los nombres.

Saben los dos, lo supieron en aquel abrazo, que no existen exilios suficientes para separar a dos partículas que estuvieron juntas en la misma estrella.

Montevideo, un día de verano con Luna Nueva y el perfume de jazmines mezclados con el olor del Río de la Plata vagando por el aire. De cualquier año.